



La oscuridad

Ignacio Ferrando

Durante varias semanas, que coinciden con el invierno ártico, se cierne sobre la pequeña población de Storbørg una densa oscuridad. Endré Solberg, un director de cine experimental, pierde a su mujer en lo que, a priori, parece ser un suicidio. Sin embargo, al regresar a casa después del velatorio, la encuentra en el salón, viva, como si nada hubiera sucedido. A partir de ese momento, Endré se ve inmerso en una intriga



creciente, acosado por la necesidad de saber quién es esa misteriosa mujer: si se trata de un fantasma o de una impostora, del reflejo de su propia culpabilidad, o si Liv, que siempre quiso ser actriz y no pudo, lo ha preparado todo para hacer su última «gran representación». Sea como fuere, lejos de definirse, la verdadera naturaleza de Liv se desdibuja siguiendo un meticuloso proceso de deconstrucción, que contrasta con la necesidad de Endré por saber qué está sucediendo.

A través de una trama vibrante, *La oscuridad* se adentra en cuestiones de mayor calado: ¿Somos esclavos de nuestra capacidad para interpretar? ¿Dónde está el límite ético de esa representación? ¿Buscamos en los demás la repetición de los estereotipos del

pasado? Y, sobre todo, ¿en qué medida nos aceptamos en relación con los otros?

Planteada como un diálogo entre el lector y el texto, *La oscuridad* es la segunda novela de uno de los autores más respetados por la crítica y el público de los últimos años, Ignacio Ferrando, que publica la editorial Menoscuarto, donde apareció recientemente *La piel de los extraños*, X Premio Setenil al mejor libro de relato publicado en España en 2013.

El autor: Ignacio Ferrando (Asturias, 1972)



Escritor e ingeniero. Profesor en la EUATM de la Universidad Politécnica de Madrid y coordinador del Máster de Narrativa de la Escuela de Escritores, donde también imparte talleres de relato y lectura crítica.

En 2011 obtuvo el Premio Ojo Crítico de RNE y el Premio Ciudad de Irún por su primera novela *Un centímetro de mar* (Alberdania, 2011).

Sin embargo, es en la narrativa breve donde ha logrado mayor reconocimiento. Con tan solo tres libros de relatos: *La piel de los extraños* (Menoscuarto, 2012; Premio Setenil de relatos), *Ceremonias de interior* (Castalia, 2006; premio Tiflos de relato) y *Sicilia, invierno* (JdeJ, 2009) ha obtenido los más reconocidos galardones. Algunos de sus relatos han sido traducidos al inglés y al alemán.

Ignacio Ferrando

La oscuridad



menos**cuarto**

Todo comienza con la *suite* n.º 1 de Edvard Grieg, con el cadáver de Liv dibujándose entre los claveles rojos, junto a las coronas, pálida, casi azul por el exceso de maquillaje. Yace expuesta con las manos en el regazo, vestida como una princesa renacentista. Los familiares y algunos vecinos han venido a verla. Se estrechan enérgicamente las manos, picotean frutos secos. Reconozco a los Quisling, a Gene Amdahl, a la abuela Magne. A veces se encogen de hombros, cuchichean, incluso creo verles sonreír cuando nadie los ve. Todo tiene ese aire recreativo, teatral, como si lo hubieran filmado a cámara lenta en un solo plano secuencia. Necesito respirar. Las ventanas están cerradas herméticamente. Fuera sigue nevando como desde hace días. Storbørg es la ciudad más septentrional de Noruega. Por todo lo demás, es estrictamente idéntica al resto de las ciudades septentrionales de Noruega, es decir, tiene un censo de cincuenta mil habitantes, alcalde laborista, puerto ballenero y un festival popular de música clásica en el que los alumnos del conservatorio maltratan las sinfonías más conocidas de Debussy y Chaikovski. Pero eso es en verano. Con la muerte de Liv, ha llegado el solsticio, y con el solsticio, una oscuridad que no es oscuridad, sino una noche inacabada, parcial, que tiñe el perfil de las casas de

un azul hojaldrado. Los balancines del parque Vestberg, las canastas de baloncesto, incluso los neones de la lavandería de Laa Ingham parecen velados, irreales, como vistos a través de una película de celuloide envejecido. Por Dramsveien bajan dos trabajadores cabizbajos, presurosos. Llevan gorros tipo chapska, gruesas pellizas que casi arrastran por la nieve. Liv ha muerto, pero todo sigue obsesivamente igual, la serrería, el patio iluminado. Lo más indignante es esa indiferencia de todo y de todos, los horarios que siguen su curso, las rutinas que sin vacilar ya se han olvidado de ella o que nunca la tuvieron en cuenta. Miro el termómetro. La temperatura es de veinte grados bajo cero. No hay ventisca. Se escucha con claridad el crujido de los tejados, de los canalones macizados por el hielo. Dentro, los radiadores desprenden un calor húmedo, tumefacto, casi asfixiante. Un accidente, oigo que dicen unos; morir así, dicen otros. La función comienza o termina, no se sabe. Me doy la vuelta. Paseo entre ellos. Lo hago investido por la autoridad que me da haber sido su marido, es decir, haberla conocido con esa intimidad, casi exhaustiva, que se nos atribuye a quienes hemos compartido cama y rencillas con el otro. Pero con Liv, precisamente, nunca tuve esa sensación, todo lo contrario. A veces me resultaba más distante y extraña que el primer día.

Al igual que el resto, interpreto mi personaje, estoy tan perdido como ellos. Sé que debería hacer público mi dolor, exteriorizarlo, ofrecerles el espectáculo que me demandan y abandonar mi papel de monstruo, de animal desafecto, del tipo que la llevó al borde del abismo y no le pegó el empujoncito pero la animó a saltar. Liv no era su

mujer, era *mi* mujer. Ellos lo saben pero parecen ignorarlo. Sus sollozos, sus gimoteos de esta tarde, su actitud cargante y timorata, debería supeditarse a la mía. Porque si el velatorio de Liv es algo, es la ostentosa demostración de su ausencia. Helen no deja de llorar. Myklebust ha salido varias veces fuera, a fumar (ha vuelto a fumar). He reconocido a Sigrid, a Isabella, a Tora (con su modelito satinado de tirantes y la piel tostada y el aspecto saludable de siempre). Las tres estudiaron con Liv en Agder. Las tres querían ser actrices. Desde hace meses no se hablaban, no se reunían (aunque me consta que ellas quedaban en secreto los martes en Tzivo). No las culpo, solo un idiota lo haría.

El caso de Kjell Gjertsen es bien distinto. Esta tarde parece un personaje de Bergman, en blanco y negro, que gesticula de un modo exagerado. Él siempre tiene ese aire distinguido, irreductible. Deambula con los ojos rojos, los párpados hinchados, las manos visiblemente temblorosas. Sin duda, de entre todos los secundarios, él ganaría este concurso. Se entrega al luto de una manera intachable, saluda a los familiares, a los vecinos, a quienes no comprenden cómo ha podido suceder algo así, cómo Liv, cómo ella, cómo ahora, cómo una desgracia tan ajena y tan representada en la vida de los otros ha podido soslayarlos tan de cerca. A veces, Kjell Gjertsen y yo nos buscamos por encima de la gente. Hay algo entre nosotros. Algo que él sabe y yo sé y todos sospechan. Nunca hemos hablado de ello, pero sé que Liv y él tenían una aventura. Y que esa aventura, probablemente, era más real que nuestro propio matrimonio. Más íntima, en todo caso. No sé si lo suyo ocurrió con continuidad, ni desde cuándo, no sé quién dio el primer paso, quién besó a quién, quién

propuso qué, qué tarde exactamente pudo más el deseo que la amistad. Desconozco los detalles y no voy a enumerar la larga lista de indicios, de evidencias (su irascibilidad los miércoles, las coincidencias, sus regresos a medianoche con los zapatos en la mano, el olor a tabaco...). Eso sería caer en la trampa de siempre, volver al juego sucio. Supongo que su aventura debería haberme afectado. Y lo hizo, claro. Pero no como se entiende que una cosa así debiera afectar a un matrimonio. El adulterio la transformó. Estaba más relajada, más serena, incluso bebía menos. Era como si esa parte que no compartía conmigo, que me vedaba, de la que no podía responsabilizarme, complementara la oquedad que, desde hacía años, devoraba lo nuestro. Me atrevería a hablar de equilibrio, de armisticio, de tregua, pero podría ser malinterpretado. Luego todo se complicó cuando ella quiso usarlo para castigarme. Solo así se explica esa necesidad suya de mostrarme, más allá de la evidencia, lo que era imposible que no viera. Así descubrió, por sí misma, que mi indiferencia (aunque no exactamente) era más prevaricación e interés propio que otra cosa. Y tomar conciencia de los motivos de mi ceguera, estoy seguro, acabó por echarla definitivamente en sus brazos, por iniciar la estúpida travesía hasta este instante en que ella ya no existe más que dentro de su pequeño reino de cedro lacado. Así que, por esa parte, lo reconozco, soy culpable.

Podría decirse, más allá del papel que Kjell Gjertsen representa hoy aquí, que me sustituye, que el resto le reconoce algún tipo de legitimidad. Es el actor suplente de esta comedia sin marido, el amigo tolerante que explica y entiende, el que se lamenta por no haber sabido evi-

tarlo, por no haber visto claramente que esta vez los indicios iban en serio, esta vez sí, por no haber buscado una clínica, o un sanatorio, o a alguien que supiera de *esto* antes de que fuera demasiado tarde. Y todos entienden su punto de vista. Todos le restan importancia. No porque sea inocente, que no lo es, ni porque intuyan que su papel fue tangencial, sino porque ya estoy yo para concitar su cólera. Todos (Helen, Myklebust, la abuela Magne, los Quisling, el largo etcétera) sospechan que era Kjell Gjertsen el que soportaba sus achaques de autoestima, sus ataques de pánico, sus remontadas, todos saben que era él quien estaba ahí para acolchar su euforia, para atenuarla en ese bucle (que era ella) de infinita insatisfacción. Y todos saben que durante ese infierno yo andaba en otra parte, en Oslo, en Stavanger, abstraído y entregado a mis películas, a mis montajes, a diálogos y secuencias que jamás llegarían al público, buscando a una actriz lo suficientemente joven e incauta como para aceptar uno de mis papeles. Lo demás, entre Kjell y ella, supongo, debió de ocurrir como una consecuencia punitiva, como si la triste inercia de la dependencia acabara siempre en una cama de dos por dos. No creo que nunca llegara a interesarme la verdad. Así que finjo, hoy y entonces, lo mejor que puedo. Ese es mi papel en la representación de esta tarde. Le veo entre Orvar y los Kjerulf, junto a Helja, la preciosa hija de los Hurtig. Sé que Kjell me rehúye, que, de algún modo, me tiene miedo. Es un miedo infundado, que no responde a motivo alguno. Lo que le desconcierta, supongo, es que jamás hayamos tenido esa conversación pendiente, que nunca haya reaccionado como él esperaba de mí, es decir, violentamente. Y esta inacción,

esta correspondencia no satisfecha, le somete a un estado de ansiedad permanente. De alerta. Porque no sabe cuándo, cómo, de dónde vendrá el golpe o si seguiremos enzarzados en esta hipócrita contienda de mirarnos y saberlo todo y no decir nada. A veces tengo esa sensación. La de ser-capaz-de-cosas-inimaginables, la de hacer no-sé-qué-exactamente en circunstancias concretas. Podría matar. Sé que podría matar. No me asusta. Reconozco que me sería fácil (al menos más fácil que a otras personas), incluso podría aplicarme con cierta eficacia, encontrar en ello algún tipo de ociosidad. Kjell me dijo que lo mío tenía un nombre.

—Lo que a ti te pasa —me dijo— se llama síndrome de Riley-Day.

—¿De quién?

—De Riley-Day. No puedes sentir dolor —e hizo una pausa invitándome a digerirlo—. Liv ya no está; pero tú no la puedes dejar de sentir.

Es un idiota, un idiota en el sentido literal. Jamás hemos tenido nada en común, solo a Liv y el odio que ella nos profesaba. A él, seguramente, por motivos más primitivos, de sentido común; a mí, por el contrario, por no saber reinsertarla en un mundo al que despreciaba, por denunciar constantemente su tendencia a ser quien no era. Todas las parejas tienen fluctuaciones (viven, de hecho, entre esas fluctuaciones) y más allá solo existe un punto muerto, un páramo que unos soportan y otros palían, y que los que son como Liv, es decir, los que están cansados o aburridos, deciden abandonar por propia iniciativa. Quizá por eso se arrojó bajo los ejes de ese camión.

Cierro los ojos y no veo su rostro. No veo su cuello, ni su pecho, ni el mohín en los labios que le daba ese aspecto trágico, triste, de actriz de la *nouvelle vague*. Y lo que me aterra es eso, que Liv no haya sido nada, que llegue a dudar si solo fue otra mala actriz, una Anja Schirach o una Anneka Dahl (aún recuerdo a Petrov, su rostro recortándose contra el quicio de la puerta, el *traveling* de la cámara sobre el pecho blanco, ligeramente estriado de ella), es decir, otra más de las secundarias que no significaron nada. A ellas solo las recuerdo contaminadas por lo que quise decir y no supe. Una vez, mientras escribía sus papeles, tuvieron su intensidad, su importancia. Eran personajes, entes de ficción, palabras, humo con nombre propio. A veces, incluso, las sentí más reales que a la propia Liv. Me cruzaba con ellas en la ducha, en el pasillo, dormían en mi misma cama y me susurraban sus secretos más inconfesables. De todas ellas solo queda hoy un destello en la mirada de los otros, de Petrov, de Larsen, de la señorita Schirach (la falda por encima de la rodilla, el talón dando golpecitos en el pedal del viejo Steinway), imágenes sueltas, deslavazadas, que ahora sería incapaz de hilvanar en el mismo orden.

Me siento en uno de los sillones. Leí en una de esas revistas científicas que, tras la muerte, lo primero que se olvida es el olor, luego el sabor, más tarde la voz y, por último, el tacto. Así funciona el recuerdo, o más bien el olvido. Una disolución progresiva, ordenada, estricta. Un día, al apagar el televisor, al salir de la ducha y entrar en la cama, trataré de recordarla con la intención de echarla de menos. Así era Liv, diré. Pero desde el momento en que lo afirme (desde este mismo momento, en realidad),

dudaré si aquel mohín le pertenecía, si esos labios eran los suyos, si alguna vez llevó puesto ese albornoz, ese camión de algodón crudo. Trataré de creer que sí, que fue ella la mujer con la que estuve aquel verano en Preikestolen, al borde del risco, ella tumbada con los pies colgando al vacío, y yo a su lado; que el viento pulía su piel, y la luz cenital, cegadora al mediodía, tenía sobre sus hombros ese efecto vibrante, casi quimérico. Pero sigo con los ojos cerrados. Y sé que lo que la rodea es mentira, que ya ha comenzado el minucioso trabajo de desmontaje. Bajo su piel, ella ya no es ella. Abro los ojos. La veo tumbada y fría, desgrasándose como un odre de arenques podridos. Su frente tiene un brillo acerado y graso, y por dentro ha empezado a licuarse, a hincharse, a empapar las gasas y las torundas de algodón que taponan sus orificios; a convertirse en nada.

—Parece dormida —dice alguien; y parece dormida.

El maquillaje obra milagros. Más si uno piensa que tan solo unas horas antes ese cuerpo estaba roto, descoyuntado, aún vivo, la mano pidiendo ayuda para salir de debajo del volquete de Peder Hamsen.

—Era hermosa —dice la misma voz; y era hermosa.

Me doy la vuelta. Es una empleada de la funeraria. Una de esas laponas cuyo aliento, como el aliento de todos los lapones, huele a pastillas de goma Svenska. También Liv bebía y tomaba esas pastillas. En Storbørg todos beben. Desconozco las estadísticas, pero cuando uno pasea por la avenida Dramsveien en dirección a la estatua de Amundsen (nuestra gloria nacional), lo entiende perfectamente. No es el frío ártico, ni la grumosidad del aire, ni los gaviones a los que uno nunca se acostumbra, sino la

oscuridad que lo impregna todo, las tiendecitas, las casas de postal, las patinadoras del lago, los parques cubiertos de túmulos de nieve. Por eso bebe la gente. Para aturdirse. Liv tenía una bicicleta ciclostática en el salón, cerca de la ventana. Bebía pedaleando, sin moverse del sitio. Todo tenía ese aire burlesco, de *sketch* televiso, de Benny Hill solo que sin gracia, sin ironía, sin nada, es decir, convertido en el más triste espectáculo del mundo.

—Una desgracia —dice Kjell.

No sé de dónde ha salido.

—Necesito contarte algo —dice ahora; parece nervioso, apremiado por una urgencia repentina—, algo que ella me dijo y que tú debes saber. Algo importante —me pregunto si va a contarme lo de su aventura, si por fin tendrá el valor—. Me lo dijo unas semanas antes de rendirse, ya sabes... ¿Endré? ¿Me escuchas? Mírame...

Pero, aunque le oigo, lo que dice ha dejado de interesarme. Ha sucedido un imprevisto. Algo..., no sé cómo definirlo. Detrás de él, en la ventana, apoyada en el quicio, está Liv. A priori no parece un espíritu ni una presencia, sino realmente ella. Desde el otro lado del cristal observa su propio velatorio. Lleva su abrigo de pelo de morsa, su gorro de piel, las orejeras que le regalé. Nos mira con curiosidad, como si contara los asistentes (o echara en falta a los ausentes), sonriendo con altanería, como si supiera que su funeral sucedería *exactamente* así, de ese modo (¿acaso no todos los suicidas fantasean con asistir a su velatorio?). Por supuesto sé que es un fantasma, o una visión, o la simple necesidad que tengo de que siga viva, porque nadie, a excepción de mí, parece verla. Entonces repara en que estoy allí, sobre el hombro de Kjell. Nos

miramos durante un segundo y ella no aparta la vista. Sin duda no es alguien que se le parece. Es ella. Instintivamente miro hacia su ataúd. Me cercioro de que sigue allí, descomponiéndose, de que no puede estar en dos sitios a la vez. Y cuando regreso la vista a la ventana, ya no hay nadie. Debería haberlo sospechado. Todos los fantasmas se ratifican a través de los mismos trucos de prestidigitación. Basta un parpadeo para que un fantasma deje de serlo. Ahora Kjell se ha girado y observa en la dirección hacia la que yo miro:

—¿Qué? —pregunta—, ¿qué te pasa? Estás pálido.

Le digo que por un instante he tenido la certeza de que, aunque Liv esté muerta, aunque ese asunto está zanjado y sea inopinable, Liv sigue viva.

—Es natural —dice él— tienes un trauma. Es el síndrome de Riley-Day.

No tengo fuerzas para desdecirle. Entonces sucede algo. Le aparto (en realidad le empujo) y salgo fuera. Soy consciente del repentino silencio que se apodera de la sala. Fuera la nieve cruje como un manto de frutos secos. La tierra estará dura para acogerla, pienso. En el muro donde segundos antes estaba ella, ahora solo hay un espino cubierto parcialmente de blanco. Como había supuesto, bajo la ventana, hay un rastro de huellas, huellas de zapato, de zapatos de mujer, un rastro ligeramente errático que, si mi intuición no me engaña, desaparecerá en cuanto gire la esquina.

Pero no, en cuanto regreso a casa, Liv está en el salón. Pedalear en la ciclostática y apenas si lleva una rebequita de hilo negro echada sobre los hombros. A pesar del frío, las ventanas están abiertas. A ella no parece importarle. El abrigo de piel está caído, en el suelo, y al pedalear, la costura de los *leggings* asoma al borde del vestido.

—¿Sabías que cada uno de esos camiones pesa 40 toneladas?

Miro en derredor. Trato de convencerme de que es nuestro salón, nuestra casa, de que ella, simplemente, no puede estar ahí. Luego se gira hacia mí. El movimiento es tan lento que, aunque no hay sonido que lo acompañe, su cuello parece crujir como si sus tendones fueran trallas de cuero envejecido.

—Tardabas mucho —dice sonriendo—. No me mires así, solo he tomado una copa.

—Estaba en tu funeral —respondo—, ¿recuerdas?

Las cosas se simplificarían si tuviera la piel cetrina, apergaminada, si su vestido fuera de sarga o de tela de saco, o si aullara y arrastrara tras de sí cadenas y grilletes, es decir, si fuera un fantasma al uso, convencional, justificado por mi ridícula necesidad de que ella siga viva.

—He venido a ayudarte —dice.

Pero sé que los fantasmas solo regresan para complicarnos la vida, para recordarnos que no hicimos algo bien, que les fallamos, que somos parcialmente culpables de su existencia.

—No soy quien crees que soy —dice Liv.

No vamos a perder demasiado tiempo en un diálogo que, desde el principio, se plantea como no del todo real.

—Llevo veinte minutos esperándote —dice—. Quería contarte lo que ha pasado.

Y comienza a pedalear. Lo hace en cuarta. Tiene buenas piernas. En todo caso disfruta de esa superioridad que la situación le proporciona. Cuando se levanta del sillín, el cuadro chirría. Su voz sale entrecortada por el esfuerzo.

—Estuve a punto de largarme, créeme... Te vi en la sala con Kjell, con mi madre, con Myklebust. Todas esas flores... Para mí fue difícil. No te imaginas. Todo parecía cuadrar tan perfectamente... En realidad no sé cómo decirlo. Lo he imaginado casi idéntico mil veces. Pero al verte supe que debía largarme, que no podía hacerte algo así, que lo mejor sería que no volvieras a saber.

—Pero...

—Pensé que nada de esto funcionaría.

—Y no funciona.

—Escúchame y no digas nada; aunque sea por una vez... A mitad de camino, cerca de Kvadrat, vi esos maniquís en el escaparate.

—¿Qué maniquís?

—Los has visto miles de veces. Nunca has reparado en ellos pero has pasado por ese escaparate cada día. Son maniquís que no tienen rostro, ni boca. Los ojos son dos botones, dos hendiduras negras. No tienen pechos, solo

dos arcos de alambre que los simulan... Eso me hizo cambiar de opinión.

—Perdona, pero me he perdido hace tiempo.

—Dame un minuto para explicarte.

—Vi tu cuerpo —digo señalando hacia la puerta—.

Eras tú. Estás muerta.

—Es obvio que no es así —dice sarcástica.

Ningún espectro responderá a lo evidente con evidencia. No sé nada de fantasmas, pero sospecho que les gusta moverse en ese discurso limitado, poco solvente, sesgadamente ambiguo. De momento estoy dispuesto a escuchar.

—Es mejor que seas tú quien encuentre algunas de esas respuestas —dice—. No te lo voy a poner tan fácil. Para eso estoy aquí. Pero seguro que hay una cosa de la que sí eres consciente.

—¿De qué?

—De que no lo hiciste todo lo bien que podías.

—¿El qué?

—Conmigo. Con nosotros.

—Sospecho que no soy el único responsable.

—Debes tomarlo como eso, como una segunda oportunidad. En las películas que escribes siempre tienes la posibilidad de tachar y reescribir, ¿no es así? Rehacer la escaleta, ¿no lo llamabas escaleta?... Pues hazte a la idea de que es lo mismo, un borrador, un boceto, un nuevo montaje en el que suprimes la escena final y algunas intermedias y la historia es completamente otra.

—Pero yo te vi. Estabas en ese cajón de madera. Todos lloraban. Llevabas ese ridículo vestido. Lo decidió Helen. Tu madre puso esa espantosa música de Grieg.

¿Recuerdas? Tú misma me llamaste para amenazarme antes de arrojarte a los bajos de ese camión. Y Kjell... Kjell estaba aflijidísimo...

—Deja a Kjell al margen.

—También él piensa que estás muerta.

—Y todo es real, créeme. Estoy muerta. No hay nada más real que la muerte. Probablemente sea lo único real.

—Déjate de trabalenguas.

Liv me mira largamente. Sabe que necesito una explicación. Detiene el pedaleo y el manillar deja de chirriar. Ahora estira el brazo y me tiende sus cinco largos dedos.

—Tócame —dice.

Y yo la alcanzo. Sus dedos, igual que los de Liv, son delgados y fríos. Tienen su misma aspereza. Los reconozco y sé que es ella. Sé que podría besarla, abrazarla, y que de ese modo se desvanecería la posibilidad de que fuera un fantasma, de que se diluyera al contacto dejando un sillín vacío y un pedal en movimiento, que aún giraría un par de vueltas antes de detenerse.

—Estoy aquí —dice afirmándose—, pero entiendo tu desconcierto. Sabía que te encontraría en el velatorio. Ella lo dijo.

—¿Ella?

—No te diré nada más sin saber si aceptas mi ayuda.

—¿Tu ayuda?

—Estoy aquí para aliviar tu dolor. Liv ha muerto y eso no lo cambia nadie.

—¿Bromeas? ¿Qué diablos quieres decir?

Me acerco a ella. La observo detenidamente, sin pretender intimidarla. ¿Quién es? ¿Una loca?, ¿una demente?, ¿una cretina escapada de algún sanatorio que se ha colado